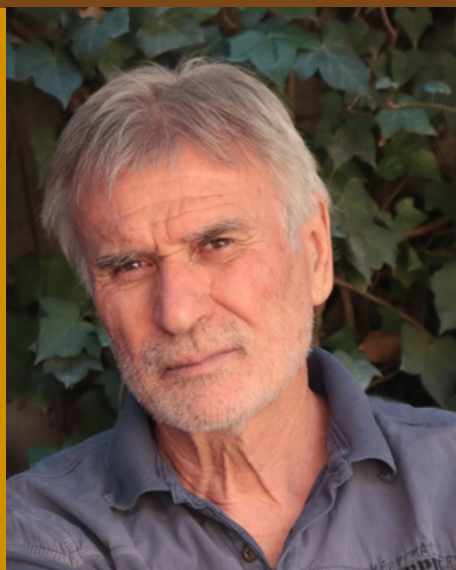


Los representantes de Dios bajo sospecha

A propósito de dos libros sobre abusos con patrocínio divino



Por Ricardo López Pérez*

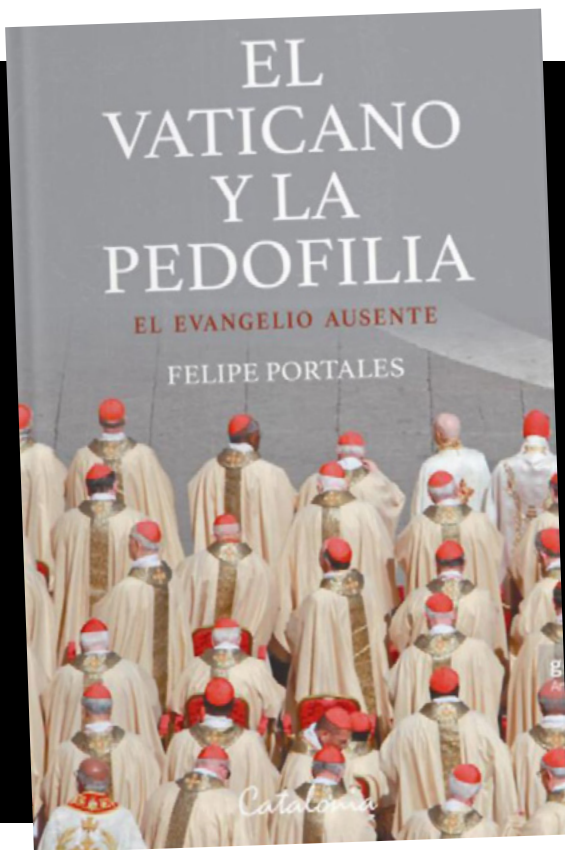
Con meses de diferencia, se publican durante 2022 estos dos libros: *El Vaticano y la pedofilia. El evangelio ausente*, de Felipe Portales, y *Vidas robadas en nombre de Dios. Historias de abuso de conciencia y poder*, de María Olivia Browne y Nicole Contreras, ambos editados por Catalonia. Son libros distintos, cada uno con su propio perfil, pero con un vínculo fuerte: tienen como protagonista los abusos promocionados y ejecutados con el auspicio del cielo. Tienen, a su modo, la capacidad de conmover y desafiar la conciencia; de tensionar extendidas convicciones y demoler estereotipos.

El primer autor es sociólogo y las autoras son periodistas, y podría parecer que aquí termina esta convergencia. No es así.

En el prólogo del libro de Browne y Contreras, a cargo de la periodista María Olivia Mönckeberg, se lee: “Trabajos como estos demuestran cómo el periodismo puede contribuir a mostrar lo que se esconde detrás de las apariciones y a conocer en profundidad situaciones que de otro modo nos serían ajenas” (pág. 12). Las autoras refuerzan esta idea con una cita del recordado Guillermo Blanco: “Ser periodista es ser testigo activo de la vida. Ser capaz de oírla con ojos y oídos siempre nuevos. Percibir, en los rostros y voces de otra

* Doctor en Filosofía.. Académico de la Universidad de Chile.



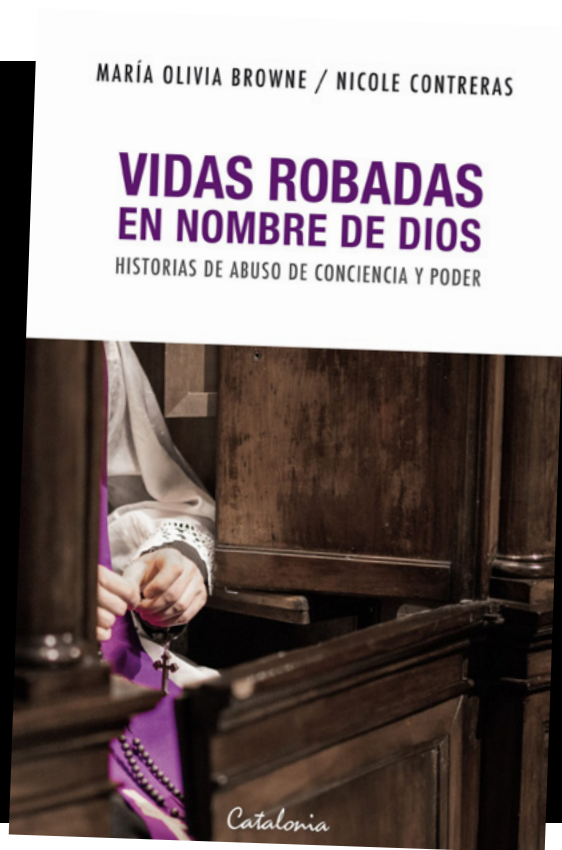


gente, la expresión de su angustia, de su amor, de su esperanza. Acercarse con respeto al dolor, a la alegría, al entusiasmo o al silencio” (pág. 20).

Fe y sumisión: la prueba de abraham

Ya sabemos de la sociología, y su interés permanente por comprender la forma y los contenidos de la acción humana: individuos, comunidades, conductas, subjetividades, significados, sentidos. Ni más ni menos que el tradicional designio del pensamiento reflexivo, de la conciencia libre, desde siempre en la línea de poner a la vista los desencuentros entre lo racional y lo razonable, lo meramente instrumental y lo valórico, lo que define una buena convivencia, lo que es bueno o malo para los seres humanos.

Por cierto, un designio que compromete a su turno a la filosofía, la ciencia y las humanidades, incluyendo el arte y la literatura: llevar el pensamiento a sus límites, despejar los misterios, ampliar la mirada, denunciar el engaño y el autoengaño.



Un detalle singular es que en ambos casos el aspecto medular del texto puede ser comprendido a través de una frase privilegiada. Desde el inicio, Portales pone como epígrafe el aserto de John Acton, historiador inglés del siglo XIX: “El poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente”. De manera menos deliberada, Browne y Contreras recogen un testimonio que actúa como un punto que contiene todos los puntos, al modo del *Aleph* de Borges: “Muchas personas entran a la iglesia buscando vida y terminan encontrado muerte” (pág. 42).

El libro de Portales es contundente y demoledor. Un texto académico, cuidadoso con las referencias, los nombres, las fechas y los datos, a lo que se suma una prosa fluida y de fácil lectura. Una avalancha de información en contextos definidos y con numerosos matices. Un texto de gran sentido crítico, que concluye en una propuesta para superar lo que se denuncia. Comenzando, el prólogo indica sin eufemismos la ruta que se propone: “Este libro tiene el propósito de comprender cómo ha sido posible que una Iglesia que se constituyó para difundir el mensaje de Jesucristo –de amor universal y particularmente a los más pobres y vulnerables– haya caído en

lo que el Evangelio considera el peor de pecados: hacerle daño a los niños” (pág. 11).

Afirma el autor que el sentido más genuino del Evangelio nos enseña que “el amor es más importante que la fe”, de modo que una vez que se invierte esta relación, las cosas se deforman gravemente. Y eso es precisamente lo que ha pasado. Esta alteración doctrinaria es la que está en la raíz de este gigantesco aparato de poder orientado a apropiarse de las conciencias, y consecuentemente disponer calculadamente de las personas para fines inconfesados.

Una provocativa tesis ofrece elementos para comprender este desplazamiento decisivo, el paso de un horror a otro: “Todo indica que en el siglo XX se produjo, a la vez, una drástica disminución de los abusos eclesiásticos a mujeres, combinada con un explosivo aumento de los abusos a menores. En lo primero, muy probablemente influyó un conjunto de factores, como la pérdida de poder político y cultural de la jerarquía católica y la creciente emancipación de la mujer. Y en lo segundo, una funesta condición fundamental fue, sin duda, la reducción de la edad de confesión –y su carácter obligatorio!– de los niños católicos, de 14 a 7 años” (pág. 105).

Felipe Portales desarrolla su crítica y articula su reflexión sobre el eje de las relaciones de poder. Repite a John Acton y encuentra allí, en el fenómeno del poder sin contrapeso, una dimensión constitutiva del abuso. Todo lo anterior, y en todo momento, convenientemente enmascarado y sometido a un secretismo férreo, que adicionalmente se regula cuidadosamente.

Conviene recordar que la palabra fe en su origen significaba confianza y lealtad, y nunca tuvo, según su uso actual, el sentido de una aceptación dócil o sumisa, o como entrega incondicionada. Con el tiempo el catolicismo introdujo algunas distinciones intencionadas. En el siglo XVI el *Catecismo de la Iglesia Católica*, generado en su primera versión en el Concilio de Trento, interpretó la fe directamente asociada al sometimiento y la obediencia. Debía ser de este modo, dado que la fe es el único modo de agradar a Dios. La fe es entendida como una virtud sobrenatural por la

cual tenemos como verdadero todo lo que surge de Dios, quien desde luego jamás nos engaña. En línea con Pablo, a quien no le incomodó mostrar la experiencia límite de Abraham como algo deseable: “Por la fe Abraham fue a sacrificar a Isaac cuando Dios quiso ponerlo a prueba...” (*Hebreos 11, 17*).

Sabemos de esta antigua historia, relatada frecuentemente con propósitos formativos, que nos habla de una orden que recibe Abraham para sacrificar a su hijo. No era un episodio cualquiera, la orden venía de arriba: “Toma a tu hijo, al único que tienes y al que amas, Isaac, y vete a la región de Moriah. Allí me lo ofrecerás en holocausto, en un cerro que yo te indicaré” (*Génesis, 22, 2*). Así fue dicho y había que cumplir. De madrugada Abraham se puso en marcha y luego de tres días estaba en el lugar señalado. Estando todo preparado, el altar dispuesto y el niño atado: “Extendió después su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo...” (*Génesis 22, 10*). El sacrificio finalmente no ocurrió. Una voz, también desde alto, lo suspendió todo, lo principal estaba aclarado.

Abraham demostró ser un sujeto obediente y temeroso; arrastró a su hijo con engaños, aun cuando era incapaz de comprender lo que estaba pasando. La versión bíblica cierra la historia agregando: “El Ángel de Dios lo llamó desde el cielo y le dijo: ‘Abraham, Abraham’. Contestó él: ‘Aquí estoy’. ‘No toques al niño, ni le hagas nada, pues ahora veo que temes a Dios, ya que no me has negado a tu hijo, el único que tienes’” (*Génesis 22, 11-12*).

Relatada en un ambiente reflexivo, esta historia podría servir para pensar sobre el claroscuro de la obediencia, sus límites y sus excesos, su necesidad y su defecto. Infortunadamente la historia nos enseña que la obediencia se consagra en el orden social como un valor sin más.

En los orígenes del cristianismo, Pablo establece el significado fundamental de la obediencia: “Cada uno en esta vida debe someterse a las autoridades. Pues no hay autoridad que no venga de Dios, y los cargos públicos existen por voluntad de Dios” (*Romanos 13, 1*). Más todavía, nada debe impedir una consecuencia hasta las últimas





“Abraham creyó y no dudó; creyó lo absurdo. De haber dudado, habría obrado de diferente manera; hubiera realizado un acto magnífico y grande; ¿hubiera podido acaso haber hecho otra cosa?”
(Temor y temblor).”

consecuencias: “Los que están bajo el yugo de la esclavitud procuren ser respetuosos con sus amos, no sea que las críticas recaigan sobre el nombre de Dios y su doctrina” (1 Timoteo VI, 1).

Este respeto desproporcionado hacia la autoridad, en contraste con la singular rebeldía de Jesús, estaba destinada a escalar en el naciente cristianismo. Sin objeción, todo poder viene de Dios. Esto ya se sabía desde el *Antiguo Testamento* (por ejemplo, *Levítico* 26, 3 y ss., o bien *Deuteronomio* 11, 12 y ss.). No es disonante entonces que Abraham aceptara semejante orden sin hacer preguntas ni balbucear siquiera un reproche.

Con poco espacio para la indiferencia, Kierkegaard leyó estos versículos con profunda conmoción. Un filósofo de fuertes convicciones cristianas queda “estupefacto” (según su autodescripción) frente a la docilidad de Abraham para aceptar el absurdo y su incapacidad para dudar: “Abraham creyó y no dudó; creyó lo absurdo. De haber dudado, habría obrado de diferente manera; hubiera realizado un acto magnífico y grande; ¿hubiera podido acaso haber hecho otra cosa?” (Temor y temblor).

A continuación, establece una línea directa entre obediencia y fe, poniendo a la vista los límites de la razón y el abismo de la paradoja. Quiere saber quién dio fuerza al brazo de Abraham, quién mantuvo su diestra levantada. Luego agrega: “Es mi propósito ahora explicitar en la historia de Abraham, bajo la forma de problemas, la dialéctica que ella comporta para ver qué inaudita

paradoja es la fe, paradoja capaz de hacer de un crimen una acción santa y agradable a Dios, paradoja que devuelve a Abraham su hijo, paradoja que no puede reducirse a ningún razonamiento; porque la fe comienza precisamente donde acaba la razón” (Temor y temblor).

Abraham no hizo preguntas, ni expresó dudas, se degradó, solo obedeció. Una figura como él, con todo el reconocimiento de su pueblo, con toda la sabiduría que le daba su vida centenaria, ocultó su perplejidad y se traicionó a sí mismo. En estas condiciones, en este contexto, luego de siglos de pedagogía religiosa, y con toda la carga simbólica de esta historia, ¿podemos realmente extrañarnos de que muchos jóvenes creyentes, con escasa experiencia, se hayan dejado abusar por religiosos que hasta ese momento eran para ellos modelos de virtud?

A partir de Abraham un principio característico de la enseñanza moral de los monoteísmos ha sido la renuncia a la propia voluntad. Frente a la autoridad cualquier identidad particular se diluye.

El párrafo 143 del *Catecismo* enseña: “Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela. La Sagrada Escritura llama ‘obediencia de la fe’ a esta respuesta del hombre a Dios que revela”. El párrafo 144 agrega: “Obedecer (*ob-audire*) en la fe es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios”. Así, la fe, junto con la esperanza y la caridad, serán llamadas *virtudes teologales* porque tienen al



mismo Dios como objeto, y se ubicarán en el primer lugar de las virtudes de la tradición cristiana.

La “prueba de Abraham” es para Mircea Eliade el momento decisivo que inaugura una nueva experiencia religiosa basada en un fundamental “acto de fe”. Este sacrificio no consumado abre el paso desde una religiosidad tradicional, en donde la centralidad está en la hazaña arquetípica, y la nueva dimensión que se revela en este acto. Se inaugura una experiencia religiosa desconocida hasta entonces: “Abraham no *comprende* por qué se le pide dicho sacrificio, y sin embargo lo lleva a cabo porque se lo ha pedido el Señor. Por ese acto, en apariencia absurdo, Abraham funda una nueva experiencia religiosa, la *fe*. Los demás (todo el mundo oriental) siguen moviéndose en una economía de lo sagrado que será superada por Abraham y sus sucesores” (*El mito del eterno retorno*).

Entre Dios y Abraham se establece un espacio intransitable, un abismo, una ruptura radical sin continuidad. Antes de ese momento de carácter fundamental, un objeto o un acto solo eran reales en la medida en que imitaban o repetían un arquetipo. Surge un Dios para quien todo es posible. Se revela con un perfil personal, como una existencia reconocible totalmente distinta que puede disponer, ordenar, gratificar o castigar, sin necesidad de atenerse a ninguna exigencia previa. Puede actuar con entera libertad, sin justificación, sin que se pueda anticipar o predecir.

Un antes y un después, y simultáneamente un punto absoluto. En el origen la experiencia religiosa era diferente: “La realidad se adquiere exclusivamente por repetición o participación; todo lo que no tiene un modelo ejemplar está ‘desprovisto de sentido’, es decir, carece de realidad. Los hombres tendrían, pues, la tendencia a hacerse arquetípicos y paradigmáticos. Esta tendencia puede aparecer paradójica, en el sentido de que el hombre de las culturas tradicionales no se reconoce como real sino en la medida en que deja de ser él mismo (para un observador moderno) y se contenta con *imitar y repetir* los actos de *otro*” (*El mito del eterno retorno*).

Fe y desesperanza: pedagogía de la obediencia

El libro de Browne y Contreras ofrece una escritura diferente: muestra, relata, insinúa, provoca, hace hablar a las víctimas, sitúa los hechos en casos particulares, cada experiencia puesta en tierra firma. No avanza en honduras conceptuales, no abre una lucha con las palabras ni quiere problematizar en el plano teórico. Su aporte es otro, porque configura una dimensión inescapable, aquella en que las experiencias todavía permanecen en un plano concreto. Son trece capítulos, cada uno con un testimonio expresado en primera persona y situado en Chile.

Personas dañadas de un modo de pronto indecible, que en la expresión testimonial ya parecen estar en camino del autoconocimiento y de la superación.

Allí están los hechos desde la perspectiva del dolor, en una extraña mezcla de confusión y lucidez. Esta vez no se trata de explicar la trama del poder sino de dar un lugar a la casuística. En cada historia aparecen, una y otra vez, la obediencia ciega, la humillación envuelta en el ropaje de la virtud, la fórmula infalible del secretismo, la ruptura intencionada de los vínculos previos, la anulación de la libertad personal, el pecado como mecanismo de apropiación del otro, el aprendizaje de la culpa, la demonización de la duda, el aplastamiento de la voluntad, la desvalorización del mundo privado y de las emociones. El resultado final (¡no podría ser de otra manera!) es el control de las conciencias, la pérdida de cualquier autonomía y una fundamental disolución de la identidad personal. La despersonalización llevada al extremo, la muerte de la libertad, la inseguridad y el temor.

En uno de los testimonios, Beatriz nos dice: “Yo sufrí de la pérdida de la libertad en pequeñas cosas. Me di cuenta de que todos empezamos a hablar de la misma manera. Comenzamos a usar las mismas palabras. Debíamos andar siempre con la *Biblia*, la teníamos que llevar a todas partes. Empezamos a parecer fotocopias” (pág. 247). El fin de las diferencias, el exilio de la diversidad.



“ Organizaciones que se presentan como un pasadizo al cielo, pero que son finalmente un infierno en la tierra. Un entramado denso orientado a hacer posible la corrupción, el abuso, traducido luego en dolor y desesperanza, encarnado en seres reales, con nombre y apellido. ”



Pilar agrega: “Recién fuera del Movimiento he podido decantar que ese sistema de secretismo, de silencio y aislación en que nos tenían, llevaba a que nadie se comunicara con los otros. Fuera del Movimiento, he podido conversar y constatar que muchos pensábamos que eso estaba mal, pero nadie se atrevía a decirlo” (pág. 255).

Desde Karadima y su *Pía Unión Sacerdotal* hasta la *Compañía de Jesús*, de la *Unión Lumen Dei* al *Instituto de Schoenstatt*, de las *Siervas de Dios* al *Opus Dei*, del *Movimiento Apostólico Manquehue* al *Sodalicio de Vida Consagrada...* y así sucesivamente; las *Hermanas de la Providencia*, las *Misionera de la Caridad* o el *Instituto Secular Cruzadas de Santa María*. Organizaciones que se presentan como un pasadizo al cielo, pero que son finalmente un infierno en la tierra. Un entramado denso orientado a hacer posible la corrupción, el abuso, traducido luego en dolor y desesperanza, encarnado en seres reales, con nombre y apellido.

En uno de estos testimonios, Sergio Cobo Montalva alcanza un momento de autoconocimiento decisivo recién cuando escribe su carta de dispensa definitiva dirigida al Papa. Descubre que nunca decidió por sí mismo ser sacerdote. Advierte la paradoja en la que vivió: llegó a ser sacerdote, nada menos que una elección de vida, pero en circunstancias en que su conciencia estaba capturada, su pensamiento suspendido: “Fernando Karadima lo había elegido por mí desde que comenzó a abusar de mi conciencia cuando solo

era un niño de 14 años. Karadima había suplantado un discernimiento” (pág. 140).

Desde luego, él tiene responsabilidad. Aquí, como en otros casos, hubo interacciones, una trama sutil de influencias y consentimientos. Una clave para la comprensión, precisamente, está en prestar atención al ambiente en que tales relaciones se desarrollaron, y en la incapacidad para escucharse a sí mismos por parte de las personas abusadas. Sin una perspectiva compleja no es posible una comprensión. Al respecto, Felipe Portales (citando a Josefina Martínez) nos dice: “El abuso espiritual no se compone de ‘eventos’ aislados o que se puedan separar de otro tipo de hechos. Es una forma de relación que lo permea todo” (pág. 276).

Loreto León Soto, religiosa entonces de las *Hermanas de la Providencia*, declara: “En ese tiempo, recuerdo algo que aún me causa remordimiento. Unos padres llegaron al colegio a reclamar porque los gatos ensuciaban la sala de clase de los niños. Las hermanas de la casa cuidaban alrededor de 30 gatos. Para evitar tener problemas con los apoderados, la hermana Ana Teresa me dio la orden de matarlos y se lo comunicó a la superiora de la comunidad, quien determinó la forma en que morirían. Ella me dijo que a algunos los tiraríamos a la calle y a los más pequeños los ahogaríamos con una bolsa en un tambor lleno de agua. Juntas nos tuvimos que deshacer de ellos. Como fue un mandato de la hermana, es ese



“... gente común sin disposiciones particulares hacia la hostilidad, ni rasgos patológicos, bajo ciertas condiciones llegan a ser protagonistas activos de la agresión. La obediencia elimina la responsabilidad y exime de rendir cuentas.”

momento no sentí culpa, además, pensé que no me lo pediría si hubiese sido algo malo. Mi mente estaba tan dominada, que no discernía si estaba bien o mal lo que hacía” (pág. 159).

Por supuesto no se trata solo de gatos, aun cuando sería del mismo modo grave. Está en juego el sujeto y su conciencia, su autonomía y su libertad. Esto no es nuevo; está planteado con singular dramatismo en los famosos experimentos de Stanley Milgram. Frente a los altos niveles de obediencia a la autoridad obtenidos en el laboratorio, surgen varias reflexiones. Una de ellas: “Muchos sujetos no pueden hallar la fórmula verbal específica que les permita rechazar el papel que les ha asignado el experimentador. Quizás nuestra cultura no provee modelos adecuados de desobediencia” (*Obedience to Authority*).

La consecuencia de mayor alcance para Milgram, a partir de sus estudios, es la desaparición en muchos casos de todo sentido de responsabilidad personal. Frente al poder de la autoridad, el individuo tiende a diluirse y finalmente a someterse. Se produce un grave fenómeno de “cesión de conciencia”. El sujeto obediente acude a ciertos ajustes que le permiten verse a sí mismo como exento de responsabilidad, dado que cuando mucho es un instrumento de una autoridad externa y legítima.

En las entrevistas muchos sujetos experimentales declaran que continuaron su participación porque así se les pidió. Esta es, probablemente, una lección medular: gente común sin disposiciones particulares hacia la hostilidad, ni rasgos patológicos, bajo ciertas condiciones llegan a ser protagonistas activos de la agresión. La obediencia elimina la responsabilidad y exime de rendir cuentas.

Seguramente fue esto lo que llevó a Hannah Arendt a hablar de “...la terrible banalidad del mal”. Promover el daño, provocar los más crueles dolores y hasta la muerte, con enorme tranquilidad, como si se tratara de una acción rutinaria, completamente aceptable. Podemos advertir, conjetura Arendt, que a la base está la intimidación del pensamiento, el peso incontrarrestable de una pedagogía de la obediencia (*Eichmann en Jerusalén*).

Ninguno de los dos libros comentados está escrito por alguna inspiración atea o agnóstica. Esto último no sería de ninguna manera una contraindicación. El ejercicio de la crítica y la denuncia que ha realizado el pensamiento ateo, con certeza desde Jean Meslier a comienzos del siglo XVIII (*Memorias contra la religión*), equivale a una reflexión ilustrada, de tono materialista y escéptico, y con un manifiesto sentido ético. Aun así, es efectivo que muchos ateos querrían un mundo sin templos.

No es el caso. Felipe Portales, en particular, escribe un capítulo final que titula *Aplicación del Evangelio*, en donde propone un modo de abordar y superar esto que llama “la hecatombe de la pedofilia” y otros males que afectan a la Iglesia Católica. Casi al concluir, incluye una breve referencia muy oportuna de Erasmo de Rotterdam, este humanista partidario de una religión más interiorizada, sin furia, sin culpa y sin castigos: “La Suma de nuestra religión es la paz y la concordia, lo que no se puede fácilmente mantener más que con una condición: definir un número más pequeño de dogmas, y en muchas cosas dejarlas al juicio de cada uno” (pág. 270).